

4. *CÓMO PREDOMINARON LOS CONVERSOS E IMPUSIERON SU IDIOSINCRASIA JUDÍA*

4.1 Mestizaje especial de los conversos con los cristianos viejos

Ante el hecho, indiscutible ya, de la presencia de judíos conversos en Antioquia desde sus propios comienzos, el interrogante que se presenta ahora es, cómo se realizó la integración plena de ellos con los cristianos viejos, mucho más numerosos y, adicionalmente, con los indígenas y los negros, hasta conformar, a más tardar hacia mediados del siglo XIX, un núcleo bastante definido y homogéneo, con el predominio de la cultura y la religión de los conversos. ¿De qué manera el grupo converso impuso sobre todos los demás su idiosincrasia, opacando en gran parte la indígena y la negra, pero, más significativamente, la de los cristianos viejos?

A Antioquia llegó, como vimos, un buen número de conversos, pero fueron sin duda más los cristianos viejos, entre ellos algunos vascos y catalanes. ¿Cómo se mezclaron los dos grupos? No es fácil dilucidarlo.

Los que partían de España para América formaban un grupo heterogéneo de cristianos viejos y nuevos que, llegados a nuestro continente, en unas partes más, en otras menos, se mezclaron con indias e indios, negros y negros. ¿Por qué el grupo más pequeño, el de los conversos, llegó a imponer su idiosincrasia en Antioquia sobre los cristianos viejos hasta configurar todos un pueblo especial, con idiosincrasia judía, muy diferente al del resto de Colombia y el continente? Este proceso es, quizás, el que nos puede alumbrar lo más específico del alma antioqueña.

Nadie puede negar que al antioqueño le es innata una serie de características propias del pueblo judío. Epifanio Mejía, bate insigne de la tierra y autor de su himno, expresó: “Yo no sé si los antioqueños descienden de los judíos, pero en sus hechos sí parecen judíos”; lo cual el Dr. Carlos E. Restrepo comentaba diciendo: “Si el origen de los antioqueños no es, pues, judío, repetimos con él, que en los hechos sí lo

parecen”.⁶⁵ ¿Cómo se dio? Más aún, ¿por qué sólo en Antioquia impusieron su idiosincrasia y no en otras regiones de Colombia y Latinoamérica adonde llegaron quizás tantos o más que a Antioquia? Estas preguntas se las hacía ya en 1926 el Dr. Eduardo Zuleta en su artículo *El semitismo de Antioquia*, un escrito a modo de diálogo:

“Pedro. -¿Por qué sólo en Antioquia se acentuó ese carácter del pueblo de Israel?

Juan. -Le diré. Los orígenes del pueblo antioqueño son diversos(...) Hubo pobladores antioqueños cuyo ascendiente judío quedaba sin duda muy lejano y por lo mismo podían llamarse cristianos viejos, que, aun cuando no constituían la mayoría, sí pudieron(...) imprimir, por sus condiciones especiales, carácter israelita a todo el pueblo antioqueño, es decir, financistas, negociantes, higienistas, prolíficos y andariegos”.⁶⁶

4.2 Superación de la discriminación económica y política contra los conversos

Aunque muchos de los españoles llegados desde la conquista y durante la colonia a Antioquia por Urabá, Cartagena, Bogotá y Mariquita eran conversos, al organizarse los diversos asentamientos: San-

ta Fe de Antioquia, los pueblos del bajo Cauca, la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín y la de Nuestra Señora de Arma de Rionegro con su vecina Marinilla, el poder virreinal se empeñó en hacer que sus autoridades fueran de cristianos viejos, así entre ellos se inmiscuyeran conversos que ya se les parecían, como insinúa Zuleta, o que habían comprado títulos de tales, o los habían heredado de los conquistadores.

El poder colonial logró, además, algo importante con lo que trató de conservar divididos a los dos grupos, cristianos viejos y nuevos, así se mezclaran por razones económicas o políticas, como había sucedido desde siempre en España. Trataron, por todos los medios posibles, de que aquí también se cumpliera la norma más radical contra los judíos: **no poder ser propietarios de tierras**. Este privilegio sólo lo debían detentar los cristianos viejos o, al menos, los que pudieran presentar documentos de serlo, por falsos que fueran. (Esta es, en parte, la explicación del gran interés de muchos antioqueños de la Colonia en presentar certificados de pureza de sangre, es decir, de cristianos viejos.)

Toda la tierra fue quedando en poder de los cristianos viejos, dueños de extensos latifundios, como

⁶⁵ En Mesa Bernal, Daniel, O. c., p 130

⁶⁶ Zuleta, Eduardo, *El semitismo de Antioquia*, en Mesa Bernal, O. c., p 222

lo muestra ya para la segunda parte del siglo XVII Víctor Álvarez en *La Sociedad Colonial*. Unos tres o cuatro nombres pueden darnos idea de ello. Juan Gómez de Salazar (gobernador) y su esposa Ana Castriellón tenían en 1669 dos latifundios en el Valle de Aburrá con 3.628 cabezas de ganado vacuno, 469 caballos, 91 bueyes y 9 burros, fuera de algunos cultivos de caña de azúcar, maíz y plátano. Por la misma época Mateo Álvarez del Pino, alcalde ordinario de Medellín, tenía tierras en el Valle de Aburrá, San Jerónimo y El Picacho, con 1.300 cabezas de vacuno, 70 yeguas y otros animales. Juan de Piedrahíta y Saavedra poseía tierras con 1.172 cabezas de ganado vacuno y otros semovientes. Antonio Zapata y Múnera tenía otras tierras en diversos territorios con 870 cabezas de ganado vacuno.⁶⁷

Más de un siglo después, cuando ya el territorio de la Gobernación había sido explorado más ampliamente, los latifundios alcanzaban dimensiones impresionantes. Roberto Luis Jaramillo, en el capítulo titulado *La colonización antioqueña* muestra en un mapa los inmensos territorios de la serie de concesiones otorgadas al final de la Colonia. La de Don Sancho Londoño, la de Felipe Villegas y Córdoba y la Aranzazu, las cuales, junto con la Zuluaga Duque, la Pineda Gar-

cía y la Hacienda de los jesuitas, cubrirían prácticamente todo el sur y el oriente del actual Departamento hasta el Magdalena, y buena parte del Departamento de Caldas. Más al nororiente estaban la de Vicente Arbeláez y la Rodríguez, o de las Monjas del Carmen. En el norte, desde Santa Rosa casi hasta la confluencia del Río Nechí con el Porce, las de Barrientos y Misas y la de Quintana. Cerca al Cauca, dos un poco menores, una de Julián Vásquez y otra de Vicente Restrepo. Finalmente, al suroccidente de Medellín otras cuatro o cinco pequeñas en la Cuenca del Sinifaná y Fredonia. Tras la independencia continuaría el proceso. Alrededor de Urrao, la de Arrubla y del Corral. Todo el suroeste se lo apropiarían sólo tres dueños. Y finalmente, al norte, se le ofrecería un enorme latifundio a J. T. Moore. Ni qué decir que eran en gran parte las mejores tierras.⁶⁸

Con todo, esas grandes concesiones y latifundios eran prácticamente títulos sobre el papel, ya que los verdaderos dueños eran o serían cada vez más los pobladores de hecho, muchos de ellos conversos, que se iban internando por ríos, valles, bosques y selvas a formar fincas y aldeas, nueva especie de guetos donde se iban enriqueciendo con el oro que barequiaban y la tierra de que se apoderaban. El propio Vi-

⁶⁷ Álvarez Víctor, *La Sociedad Colonial*, en *Historia de Antioquia* p 59

⁶⁸ Cfr; Jaramillo, Roberto Luis, *La colonización antioqueña*, en *Historia de Antioquia* p 188

sitador Mon y Velarde desconoció algunos de los títulos de los terratenientes para dar paso a la fundación de varios pueblos. -Quizás, por ello, más que por cualquier otra razón, algunos lo tildan de tirano, cuando para otros fue el Regenerador de Antioquia, así sus méritos sean muy inferiores a los del Gobernador Francisco Silvestre-

Los que rechazan el ancestro judío de los antioqueños rechazan lo anterior, aduciendo que ellos no eran agricultores, sino sólo hombres de ciudad, comerciantes. En parte es verdad, ya que en Europa, durante muchos siglos se vieron obligados a vivir en guetos a las afueras de las ciudades, precisamente porque no podían ser dueños de tierras, y no se iban a humillar a ser siervos de la gleba, o esclavos de los señores feudales tras la amarga experiencia vivida en Egipto, que nunca se borraba de su memoria. Sin embargo, en el antiguo Israel fueron grandes agricultores, como lo fueron en Egipto durante los cuatro siglos de destierro. Más aún, consta que en España, en los largos siglos de convivencia con los moros, fueron, a la par de ellos, maravillosos agricultores y ganaderos al sur de la Península. Hoy lo son nuevamente en el Israel actual.

Unos cuantos conversos, al llegar a Antioquia, lograron establecerse en las ciudades a ejercer el co-

mercio que, al decir de Ann Twinnam, fue la profesión más común en la región durante la Colonia, aun por encima de la minería. Pero la gran mayoría de conversos, al encontrar los valles principales ya apropiados (Cauca, Aburrá y Rionegro) se internaron en las selvas de la periferia por los cuatro puntos cardinales, comenzando una colonización que se intensificaría cada vez más, hasta convertirse en asombro de propios y extraños. Se dedicaron al mazamorreo del oro en ríos y quebradas, alternándolo con la agricultura y la cría de cerdos y gallinas, primero, y más tarde de ganado vacuno (el blanco orejinegro) y caballar.

Atendían a sus propias necesidades y vendían los excedentes a los mineros ricos, y el oro en polvo a los comerciantes de la ciudad, a cambio de productos traídos de otras regiones del virreinato, no menos que importados de España y otros países. Pocos años después de la Independencia, un visitante, Gosselman, encontró en Medellín “una cantidad inesperada de artículos europeos(...) lo que explica el lujo que muestran las clases pudientes de la ciudad”.⁶⁹ Ya antes se había asombrado de los lujos que encontrara en Rionegro, e igual lo hubiera hecho si visitara algunos de los nuevos pueblos fundados por los conversos. Parte del oro que barequiaban lo guardaban secretamen-

⁶⁹ Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia, 1825-1826*, en Luis Javier Villegas, *Las vías de legitimación de un Gobierno*, p 10

te en sus casas para contrabandear cuando se les presentara la oportunidad. De hecho, el oro en polvo fue hasta la Independencia casi el único circulante en Antioquia.

La mayoría de los conversos se dedicó a cultivar la tierra que se iba apropiando y lo hizo a perfección; al comienzo, como medio de supervivencia, pero muy pronto, como instrumento maravilloso para exigir un título jurídico de propiedad, su máxima ambición. Mon y Velarde les abrió un camino amplio diciendo que más le producían al Rey los cultivadores de la tierra que los simples dueños de títulos. (Como si dijera que “la tierra es para el que la trabaja”.) Los conversos se adentraron en los montes, abrieron rozas, colonizaron terrenos incultos (en realidad, habitados por los indígenas a quienes desplazaban más y más lejos, o los aniquilaban) para después tratar que los jueces o notarios se los escrituraran, alegando el título de colonos. Era un trabajo de toda la familia, a veces, de varias familias unidas.

Quizás esto explique algunos hechos, de otra forma incomprensibles, de la historia antioqueña. Para fines de la Colonia, en la gobernación de Silvestre y la visita del Mon y Velarde, que coincidieron con la época de la independencia de Norteamérica y de la Revolución Francesa, se dice que la población de An-

tioquia era poco numerosa. Pero en dos o tres décadas ya aparece duplicada y hasta triplicada, a pesar de una altísima mortalidad infantil, de enfermedades de todo tipo, y de una carencia casi absoluta de servicios sanitarios, a más de las restricciones económicas de la época.

La explicación debe ser que muchos conversos residían entonces en rincones apartados, por lo que no los podían contar, eludían la justicia, o se dedicaban al contrabando, a lo que siempre han sido propensos los judíos. Es lo que se desprende de las palabras de Mon y Velarde: “La codicia del oro y la innata propensión de estas gentes a vivir en las selvas separados del trato humano, es la causa de que muchos vivan en las breñas de los montes sepultados, contentándose con el rústico mantenimiento que produce la tierra(...) Lo áspero y fragoso del terreno impide la buena administración de justicia, pues así los delincuentes de dentro como de fuera encuentran entre las malezas de los montes el más seguro asilo y la impunidad de sus delitos. Aunque se ponga un numeroso resguardo, nunca se podrá evitar el contrabando”.⁷⁰

La minería del oro pasó por altibajos durante la Colonia. Algunos autores pensaron que al final de la Colonia estaba en decadencia, interpretando así las afirmaciones de Silvestre y Mon y Velarde de que el

⁷⁰ En *Robledo Emilio, Bosquejo 1*, p 199



pueblo era muy pobre. Ann Twinam muestra, con investigaciones muy serias, que fue todo lo contrario. Habla de un período inicial “la minería de conquista” entre 1540 y 1670. En él, “los españoles concentraron sus esfuerzos en la mina de veta de Buriticá y en las de aluvión de las tierras bajas de los ríos Cauca y Nechí(...) (donde) acumularon una riqueza que hizo de Antioquia una leyenda a través de las Indias Occidentales”.⁷¹ Para 1680, los días gloriosos de las minas de Zaragoza y Cáceres habían pasado. De entonces hasta 1749, la producción de los ricos yacimientos de Buriticá, Cáceres, Zaragoza y Guamocó siguió reduciéndose por diversas causas, sobre todo por el agotamiento del primero y las innumerables vidas españolas y africanas que cobraron las tierras bajas. El promedio anual de fundición fue apenas de 22.485 pesos. Pero de 1750 a 1779, ese promedio subió a 59.521 pesos, con un incremento del 250%. Finalmente, de 1780 a 1799, se llegó a fundir un promedio anual de 236.529 pesos oro, 400% sobre el período anterior y más del 1.000% sobre el primero.⁷²

Es que había disminuido el porcentaje que los grandes mineros de veta o canelón llevaban a la fundición para pagar el quinto real (el 3% del valor), suplantados y desplazados rápidamente por los maza-

morreros, que no eran otros que los conversos que se iban internando en la selva y creando un número impresionante de poblados nuevos. La producción de oro en polvo creció aceleradamente gracias a los mazamorreros, que lo extraían de ríos y quebradas y luego cambiaban por diversos artículos para sus casas y labores con los comerciantes que lo hacían fundir para pagar el impuesto de “rescatantes”. Claro que estos sólo pagaban la cantidad necesaria para cubrir los impuestos de aduana por sus compras fuera de Antioquia.

Ante este hecho, Ann Twinam llega a una conclusión incoherente con todo lo que analiza: “Aunque lideraron el movimiento hacia las minas de las tierras altas y dominaron la producción de oro en el siglo XVIII, los mazamorreros permanecen como figuras vagas e indefinidas en la historia minera de Antioquia”. ¿No será que los mazamorreros, de los cuales precisamente, según la autora, se originó “el mito judío” de los antioqueños, eran en realidad esos conversos que rechaza, sólo porque unas cuantas autoridades, en especial la de Emilio Robledo, se le imponen? Los mazamorreros conversos son en realidad los que explican, no sólo la historia minera, sino la historia total de la colonización de Antioquia, del Eje Cafetero y de

⁷¹ Ann Twinam, *Mineros, Comerciantes y Labradores* p 37

⁷² Ver O. c. *Gráfico No. 1, Cifras de fundición*, p 61

muchas regiones más, donde se multiplicaron asombrosamente e impusieron su cultura, incluida su religión, a los cristianos viejos y demás grupos étnicos, hasta configurar esa Antioquia Grande de que se enorgullece el pueblo paisa, con una idiosincrasia de características marcadamente judías. (Subraya mía)

4.3 Los conversos lideran una intensa creación de pueblos de 1750 a 1810

Un hecho asombroso, aunque poco destacado por los historiadores, es que en ese preciso período de auge del oro producido por los mazamorreros, que va desde 1750, o sea, desde poco antes de la independencia de las colonias norteamericanas, de la cual los conversos debieron estar muy enterados a través de sus incursiones contrabandistas, hasta la independencia de nuestro país, unos 60 años más tarde, se creó en Antioquia casi el doble de pueblos que en el largo período anterior entre 1500 y 1750, o sea, dos siglos y medio desde la primera fundación en Urabá. Parte importante de dicho período corresponde a las dos gobernaciones de Francisco Silvestre (1775-1776 y 1782-1785), a la Revolución de los Comuneros (1781) y al gobierno del Visitador Mon y Velarde (1785-1788), uno de los momentos más trascendentales de la formación de Antioquia.

De 1500 a 1750 la población se había expandido tímidamente alre-

dedor de pequeños núcleos. El primero fue Urabá, con fundaciones desde 1508 en adelante, las que pronto languidecieron, para sólo empezar un verdadero desarrollo más de 400 años después, en la segunda mitad del siglo XX. Décadas más tarde se fundó Antioquia, futura capital de la provincia durante la Colonia. Con ésta comenzó, según Ann Twinam “un período coherente en la historia de Antioquia”, el de la minería, que Jorge Orlando Melo denomina “la etapa de expoliación”. Los colonos concentraron sus primeros esfuerzos en la mina de veta de Buriticá y en las de aluvión de los alrededores. Con todo, la población era escasa y hubo que aguardar casi 70 años para que se crearan unos pocos pueblos de indios en sus cercanías: Buriticá, Sopetrán, San Jerónimo, Sabanalarga.

30 años después de fundada Antioquia, un pequeño grupo partió de allí río abajo hacia el Bajo Cauca y fundó los pueblos mineros de Cáceres, Zaragoza, Nechí, Guamo-có y otros. Es probable que también llegaran desde Cartagena y Mompo algunos colonos, como llegó por el sur, desde Victoria, cerca a Mariquita y Honda, Francisco Martínez de Ospina, fundador de Remedios. Tras un gran esplendor y una gran riqueza iniciales, por varios siglos la región permaneció estacionaria y sólo hace poco se empezaron a crear nuevos pueblos (Caucasia, Tarazá, etc.) La inclemencia del clima y el reducir la ac-



tividad económica casi exclusivamente a la explotación del oro con esclavos negros, cada vez más costosos, hizo que la región se estancara. Para 1680, los días gloriosos de sus minas ya habían pasado.

Esa es la única región de la primitiva Antioquia a la que no debió llegar un número significativo de conversos, pues eclesiásticamente dependía de Cartagena, sede de la Inquisición, y casi único sitio de Antioquia en que se procesó a judaizantes. En cambio, el Oriente, desde Remedios y Marinilla hasta el Magdalena, aunque dependía política y religiosamente de Bogotá, sí debió recibir un buen número de conversos, pues estaba casi incomunicado de sus autoridades. Esto explica la diferencia que constatan los historiadores en la composición del pueblo antioqueño actual. El carácter que podemos llamar “paisa” está bastante desdibujado en ese Norte minero. Otro tanto se puede decir de la población actual de Urabá, que apenas se empieza a colonizar activamente con gente en gran parte de los departamentos vecinos: Chocó, Córdoba y aun de casi toda Colombia.

Las fundaciones más importantes del siglo XVII se dieron en el Valle de Aburrá y sus alrededores. Las comenzaron vecinos de la ciudad de Antioquia que venían utilizando desde mucho antes esas tierras como pastizales, (ya vimos las grandes haciendas ganaderas de

unos cuantos) junto con algunos descubridores que se establecieron allí desde su entrada. Luego llegaron algunos inmigrantes que venían directamente de España, Portugal y diferentes lugares del Nuevo Reino de donde, probablemente, tenían que huir, por ser conversos. En 1616 se crearon los poblados indígenas de San Lorenzo de Aburrá (El Poblado), Copacabana (Sitio Viejo) y Girardota para que ellos estuvieran en reservas especiales, de modo que los colonos se pudieran esparcir por el resto del valle. Para estos se creó más tarde, hacia 1646, el Sitio de Aná o Aguasal, que en 1675 se convertiría en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín. Décadas más tarde, se crearían nuevos pueblos en sus cercanías: Bello, La Estrella, Itagüí; este último ya bien avanzado el siglo XVIII.

Algunos habitantes del valle de Aburrá, Santa Fe de Antioquia y otras regiones se desplazaron a la hermosa meseta de San Nicolás y fundaron en 1663 a Rionegro, que un siglo después se convertiría en ciudad, tras arrebatarle el título y las prerrogativas a la lejana y antigua ciudad de Arma, ya en gran decadencia. En 1690 se fundó Marinilla con una población proveniente, en parte, del centro del país, llegada por el camino de Nare, en buena proporción compuesta de conversos, pues era la entrada principal desde el Magdalena y el centro del país, y durante mucho tiempo

dependió de Mariquita y Bogotá, que, por la lejanía, poco podían vigilarlos e interferir en sus vidas.

En ese largo período de 250 años, se fundaron solamente unos 20 pueblos, menos de uno por década, en un territorio relativamente pequeño, circundado por inmensas montañas de bosque tropical y con pésimos caminos de acceso, que sólo se podían transitar en contadas épocas del año a pie, a lomo de indio, o en bestias, por entre desfiladeros, y cruzando ríos caudalosos. Toda la población permanecía en gran aislamiento, lo que para los conversos se convirtió en un refugio más que seguro. En este primer y largo período se creó buena parte de lo más radical del ancestro genético paisa, el mestizaje por partes casi iguales de europeos e indígenas.

Frente a ese desarrollo tan lento, contrasta fuertemente la explosión de multitud de nuevos pueblos a partir de 1750. Desde varios años antes de las gobernaciones de Silvestre y Mon y Velarde, había comenzado un crecimiento grande de la población y, también, como vimos, de la riqueza, junto con la invasión por los conversos de inmensos territorios, en los cuales, en menos de medio siglo, se fundarían 40 pueblos nuevos, el doble que en el período anterior. En sólo 31 años, de 1777 a 1808 se presentó, según los censos que perduran, un creci-

miento demográfico inexplicable. La población aumentó un 4% anual, pasando de 44.167 a 110.662⁷³. La única interpretación plausible es que numerosas familias de conversos, vivían en regiones apartadas hasta donde las autoridades no podían llegar para contarlas. Pero, cuando se percataron de que el poder colonial flaqueaba, aparecieron y se dejaron censar. Es más, esas familias ya bien alimentadas, como vimos, empezaron a multiplicarse exponencialmente. La higiene característica de los judíos completó el milagro.

Veamos el proceso de esta primera colonización, aunque no sea considerada por los historiadores como tal. Empezando en 1757 hubo dos movimientos principales con los valles de Aburrá y Rionegro, respectivamente, como epicentros. De Medellín hacia el norte, el sur y el occidente empezó una primera expansión centrífuga. En un solo año, 1757, se fundaron San Pedro de los Milagros, Santa Rosa de Osos, Belmira y Toledo. Pocos años después, en el norte y el nordeste: Don Matías, Yarumal, San Andrés de Cuerquia, Angostura, Santo Domingo, Gómez Plata, Carolina y Anorí; y en el sur y el occidente: Envigado, Amagá, Fredonia, Titiribí, Heliconia, Santa Bárbara, Olaya, Cañasgordas, Frontino, Urrao, Anzá, Viga del Fuerte y Murindó.

⁷³ *En Historia de Antioquia*, p 69



Igual de dinámica fue la corriente que arrancó de la Villa de Nuestra Señora de Arma de Rionegro y su vecina y rival Marinilla. Hacia la periferia y el oriente: Guarne, El Santuario, El Carmen, El Retiro, San Vicente, Concepción, Guatapé, Granada, Cocorná y San Carlos. Hacia el sureste: La Ceja, La Unión, Sonsón y Abejorral. De estas dos últimas arrancaría, a comienzos del siglo XIX, la colonización por antonomasia, hacia el sur, con la fundación de un sinnúmero de pueblos nuevos en todo el Eje Cafetero (Caldas, Risaralda y Quindío) y luego, en el norte del Tolima y El Valle.

Fundación de municipios antioqueños de mediados del siglo XVIII hasta la Independencia

NORTE

Santa Rosa	1757
San Pedro de los Milagros	1757
Belmira	1757
Toledo	1757
San Andrés de Cuerquia	1761
Santo Domingo	1778
Gómez Plata	1780
Carolina	1785
Don Matías	1787
Yarumal	1787
Anorí	1808

SUR Y OCCIDENTE

Anzá	1757
Murindó	1759
Olaya	1773
Santa Bárbara	1774

Envigado	1775
Titiribí	1775
Cañasgordas	1776
Urrao	1781
Amagá	1788
Fredonia	1790
Frontino	1806

ORIENTE

Guarne	1757
El Santuario	1765
Concepción	1771
San Vicente	1776
San Carlos	1786
El Retiro	1790
Cocorná	1793
El Carmen	1800
Granada	1807
Guatapé	1811

SURORIENTE

La Unión	1778
La Ceja	1789
Sonsón	1800
Abejorral	1805 ³ *

Sin embargo, más importante que el número, es la composición del grupo humano que realizó tal cantidad de fundaciones. En su mayoría debieron ser los conversos que habían ido llegando a lo largo de los dos siglos y medio anteriores, los cuales habían constituido sus familias con mujeres de la tierra, descendientes del mestizaje original de españoles con amerindias. Aunque parte de ellos, sobre todo los que arribaron con los conquistadores, pudo instalarse sin oposi-

* Las fechas están tomadas de una Separata de El Mundo, del 7 de junio de 1996, titulada ¡Qué rica Antioquia!

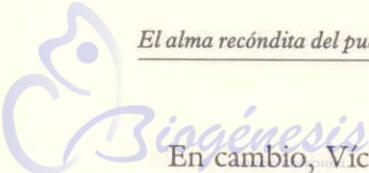
ción, y hasta enriquecerse con minas y tierras, los que llegaron después se encontraron con la resistencia de los “cristianos viejos”, reales o ficticios, quienes ya habían acaparado las tierras alrededor de los núcleos principales, haciéndose escriturar los extensos latifundios circundantes mediante composiciones con la Corona, o negociando extensas concesiones o, finalmente, utilizando peones pobres que se adentraran en los bosques a hacer rozas y siembras bajo su mando, para constatar una utilización que los acreditara como dueños de las tierras realengas, que luego dejaban ociosas.

Hay constancia de que en varias fundaciones, antes de su reconocimiento oficial, ya vivía un buen número de colonos dedicados al mazamorreo y la agricultura. No es de extrañar. Los conversos estaban convencidos de que la Nueva Granada, si no toda la América española, estaba a punto de independizarse, por lo cual ya no temían las amenazas, ni de la Inquisición, ni de las autoridades locales, ni menos de la Corona. Ya podían sacar a relucir las riquezas acumuladas en el barqueo, la agricultura y el comercio, para comprarle la tierra a los terratenientes, si era necesario, y exigir el reconocimiento legal de los pueblos que iban creando. Afortunadamente para esos “vagos”, como los apodaban, los dos excelsos gobernadores de la Ilustración, Francisco Silvestre y Antonio Mon y Velar-

de, vinieron en su apoyo, dándole sanción legal a su empresa; más aún, creando un modelo y un estatuto jurídico para su gran epopeya colonizadora, orgullo de Antioquia, y crisol donde terminó de fundirse “el pueblo paisa”.

Ann Twinam afirma que los colonizadores antioqueños no ambicionaban la tierra o no ponían en ella el prestigio que le daban otros colonos del continente. Según ella, en el resto de Latinoamérica era usual para las élites comerciales y mineras canalizar una buena proporción de las ganancias en propiedades rurales; en cambio, “las élites antioqueñas manifestaban un interés mínimo en canalizar hacia la adquisición de tierras la mayor parte de sus ganancias del comercio y la minería. Este tipo de transferencia significaba en Antioquia una movilidad hacia abajo, más bien que hacia arriba, pues, en Medellín eran los mineros y comerciantes, no los terratenientes, quienes formaban una camarilla resguardada en la cúspide de la pirámide económica y social.”⁷⁴ Beatriz Patiño afirma, igualmente, que la formación de grandes haciendas vinculadas a la producción de excedentes para un mercado no parece haber sido la característica del sector rural antioqueño, aunque no puede negar la existencia de grandes haciendas, cuyos dueños trataban de acrecentar y conservar hasta con el mecanismo de proindiviso.

⁷⁴ Ann Twinam, *O. c.* p. 236



En cambio, Víctor Álvarez dice que, desde muy temprano, aparece en los antioqueños la preocupación por lograr el control de las tierras habitadas por los indígenas, aunque más por acumular títulos de propiedad, que por desarrollar la agricultura. Igual es la apreciación de Roberto Luis Jaramillo: “Las élites compraban calculadamente los terrenos, lo que coincide con lo que decía el Gobernador Silvestre en su Relación: Hay algunos ricos ambiciosos de tierras, que compran a muy poco costo las realengas, para ir las revendiendo después con excesiva ganancia en detrimento de los vecinos, de la agricultura y del común beneficio(...) Por poco dinero se hacen a una porción considerable de tierras, que luego venden o arriendan a otros, según va aumentando la población, con que hacen una considerable ganancia en perjuicio de la agricultura y de los pobres”, no menos que “con perjuicio para las arcas reales”, según Mon y Velarde. Finalmente, Keith Christie llega a la conclusión de que “la colonización de una parte de la frontera antioqueña fue llevada a cabo con un notable espíritu comercial”.⁷⁵

Sin duda alguna, el bloqueo permanente a poseer tierras impuesto a los conversos era la carga más pesada que les tocaba aceptar cuando llegaban a esconderse en este refugio sin igual. El mismo oro era apenas un lenitivo a su carencia. Por fortuna, gracias a lo reducido de la población y a la cantidad de tierras de montaña que los cristianos viejos tenían escrituradas pero no controlaban, tuvieron oportunidad de apropiarse de tierras fértiles, así exigieran mucho trabajo para desarrollar cultivos y construir pueblos. De esta suerte, unos judíos que por siglos habían vivido al pie de las ciudades en guetos estrechos, como artesanos o vendedores ambulantes, se convirtieron en magníficos agricultores para abastecer las minas de oro de los cristianos viejos y, sobre todo, a la población de los centros urbanos.

Fueron, pues, dos movimientos contrarios, pero simultáneos. El de la élite por adquirir extensos latifundios, que dejaban improductivos, (tierras de engorde, igual que hoy)*, y el de los conversos pobres, que se adentraban en ellos con el doble

⁷⁵ Christie, Keith, *Oligarcas, campesinos y política de Colombia*, en Jaramillo, Roberto Luis, *La Colonización Antioqueña, Historia de Antioquia*, p 204

* En una investigación que inicié en la U. de Medellín hace algunos años, encontré estos datos bien dicentes. De los 6.200.000 de hectáreas que tiene Antioquia, en 1987 se consideraban cultivables 4.426.767. El resto eran bosques o terrenos anegados. De los cultivables, sólo 430.007 hectáreas, el 9,7%, estaban dedicadas a la agricultura, tanto de pan coger como tecnificada –café, banano, flores-. Del resto, menos de dos tercios, o sea, 2.411.907 hectáreas, estaban en pastos con una cabida promedio de menos de una cabeza por hectárea. Lo impresionante es que el resto, 1.584.853, es decir, más de 1/3, estaba en rastrojo sin ningún cultivo. Eran tierras únicas y exclusivamente de engorde.

propósito de barequear oro y cultivar tierras que, en definitiva, quedarían en su poder, así fuera tras una lucha violenta. Es cierto que los mayores capitales de la Colonia se construyeron con el oro y el comercio, como lo comprueba Ann Twinam, pero eso no implica que los poderosos no crearan extensos latifundios, que casi nunca empleaban en la agricultura, pues no les era rentable, por el alto costo de la mano de obra, y, sobre todo, por la imposibilidad de sacar sus excedentes fuera de la región, dada la gran falta de caminos.

Los conversos que llegaron en la época de la Colonia eran en su mayoría pobres, por lo que al principio se dedicaban a labores de menor categoría. Su empresa inicial era subsistir. Con tal de estar aislados y no ser perseguidos ni deportados, estaban resueltos a pasar privaciones y realizar los trabajos que despreciaban los cristianos viejos, con su falso orgullo de hidalgos. Algunos ejercían oficios caseros (albañiles, carpinteros, jardineros, trabajadores en las huertas de las casas), servían en las municipalidades, vendían misceláneas de puerta en puerta, o se dedicaban a la arriería, trabajo que los obligaba a permanecer semanas y meses con la apariencia de “vagos” (desempleados). Otros trabajaban en las minas, pero pasando temporadas cerca a sus familias en los pueblos, dando igual impresión de vagos. Cuando vieron la oportunidad, se dedicaron al ma-

zamorreo y la agricultura, en parajes remotos donde no podían ser detectados fácilmente por las autoridades, ni perseguidos por los dueños legales de la tierra. Se organizaron en grupos de una o varias familias y emprendieron una empresa cuyos resultados ni ellos mismos soñaban.

En esos reductos lejanos y escondidos se creó una multitud tan grande de poblados que desvirtúa las aseveraciones de que, al final de la Colonia, el pueblo antioqueño era escaso, pobre y “vago”. El grupo de los mazamorreros era, precisamente, el de esas familias, principalmente de conversos, que se internaban por ríos y quebradas buscando los placeres del oro, rozando montes, sembrando maíz y frijol, engordando cerdos, gallinas y ganado vacuno y caballar, y creando pequeños poblados que luego se convertirían en ciudades florecientes.

4.4 El Proceso de la llamada Colonización

Veamos el proceso de la colonización por antonomasia. Francisco Silvestre trató en sus dos gobernaciones de dar impulso a la región. Su plan era ambicioso: un primer proyecto era modernizar y tecnificar la explotación del oro, aun con la inversión de capitales propios, en lo que fue desafortunado. Otro, mucho más ambicioso, era dotar toda la región de vías de comunicación. Para ello se darían grandes globos de terreno en concesión, co-



mo la de Felipe Villegas y Córdoba, y, un tiempo después, la de Aranzazu, más al sur. -Con dicho modelo, un siglo después, se le pagaría a Cisneros con 200.000 hectáreas la obra del Ferrocarril de Antioquia. -Trataba, además, de reunir una gran población dispersa por montes y cañadas en poblados a lo largo de esas vías que proyectaba, para que tuvieran vida ciudadana y asistencia religiosa lo más completas posible. Finalmente, reorganizar la hacienda pública, que se encontraba en estado deplorable. Su *Relación de la Provincia de Antioquia* es una obra maestra de gobierno. Impresiona, sobre todo, su plan de desarrollo, en especial de vías, muchas de ellas aún sin ejecutar, dos siglos más tarde.

Todo el proceso de colonización lo describe ampliamente Roberto Luis Jaramillo en el capítulo *La Colonización Antioqueña* en Historia de Antioquia. Hacia el norte, pequeños grupos de colonos de la ciudad de Antioquia habían emigrado al Valle de Los Osos, dispersándose en medio de la selva y cerca a las quebradas. Poco a poco fueron conformando pequeños poblados. Pronto empezó a llegar un nuevo grupo de colonos desde Medellín, que dieron todavía mayor empuje a la colonización. Unos pocos mineros importantes, como Don Antonio de la Quintana y los Señores Barrientos y Misas, alegaron el do-

minio sobre una gran porción de esas tierras que ya habían empezado a vender lucrativamente, como lo hacían otros en toda la provincia, según se dolía el Gobernador Silvestre, como vimos “Hay algunos ricos ambiciosos de tierras, que compran a muy poco precio las realengas, para irlas revendiendo después con excesiva ganancia, en detrimento de los vecinos, de la agricultura y del común beneficio”⁷⁶

“El Gobernador Silvestre envió en 1785 a Don Pedro Rodríguez de Zea, vecino de Santa Rosa y padre del prócer Francisco Antonio, a realizar una inspección. Encontró una abundante población que alternaba el mazamorreo con la agricultura y recibió orden de congregarlos en los poblados de Carolina, Don Matías y Yarumal. Zea propuso que se cediera gratis la tierra a los pobladores, a lo que se opusieron los dueños”⁷⁷ por lo cual fueron expropiados en tiempos de Mon y Velarde, quien prosiguió la empresa. Éste le escribió a Zea: “Mi ánimo no es perjudicar a nadie, pero tampoco será justo que, por comprender un sujeto inmensidad de tierras en un registro o denuncia, acaso por cortísima cantidad que entre en Cajas, quede privado Su Majestad de conceder tierras a cien colonos que perpetuamente contribuyan a su erario y le sean útiles, aumentándose acaso a cien mil”.

⁷⁶ Silvestre, *Relación*, p 120

⁷⁷ Jaramillo, Roberto Luis, *La Colonización Antioqueña*, en *Historia de Antioquia*, p 204

Es que, según él, a la Corona le produce más el cultivo de la tierra que un título de venta. Lo primero y no lo segundo debe ser el fundamento de su propiedad. Con ello, hacía eco a las insinuaciones de Silvestre: “Como(...) sobran tierras en aquella provincia de Antioquia(...), es este un ramo que puede valer mucho manejado discretamente”.⁷⁸ Por desgracia, los burgueses, que pocos años después se apropiaron la gran Revolución Francesa, endiosarían la propiedad, en especial de la tierra, convirtiéndola en intocable para los dueños, así acaparen cuanto puedan y como sea.

Mon y Velarde decretó la creación de las primeras fundaciones oficiales: Yarumal, Carolina y Don Matías en dicha región, y Amagá al sureste de Medellín. Según el plan que ideó y que fue aprobado por Cédula Real de 1789, cada familia recibiría un lote urbano y una finca rural, de un tamaño proporcional al número de sus miembros y su capacidad de trabajo. Se separaba inicialmente un terreno de unas 12.000 hectáreas, y en la parte central se construía el poblado con todas las instalaciones de gobierno, cultura, sanidad, y, por supuesto, las religiosas, como lo vemos replicado más tarde en la fundación de Abejorral, cuya acta reza así: “Digo Yo, el Maestro José Antonio Villegas(...) he venido en ceder una parte de los vastos terrenos

que Dios fue servido darme(...) para iglesia, plaza, sus dos capillas, cárcel, casa de recaudación del erario público, camposanto, hospital y carnicería”.

Por desgracia, en años posteriores, las tierras que se iban a entregar a los colonos fueron objeto de largos litigios, pues la mayoría se tenían que expropiar a terratenientes con extensas concesiones de la Corona, bastante viciadas en sus orígenes. Roberto Luis Jaramillo relata cómo se conformaron las concesiones Villegas y Aranzazu en las cuales se inició la colonización hacia el sur. “En el valle de Rionegro estaba radicado desde hacía años Don Sancho Londoño, con extensas propiedades y una rica fortuna. Tres años antes de morir (1762) obtuvo cuatro leguas de terrenos realengos en el extremo del valle y en vertientes del Río La Miel, lindando con otras suyas, y con las de su yerno, el español Don Felipe Villegas, también dueño de rocerías y minas en el Río Piedras. Este logró formar un dilatado globo entre 1763 y 1768, adquiriendo, mediante negocios viciados procesalmente, una propiedad que hoy abarca parte de La Unión, El Retiro y Montebello y la casi totalidad de Abejorral y Sonsón.

“Aunque inició unas rozas con jornaleros y benefició minas y salados con sus esclavos y agregados, el

⁷⁸ Silvestre, O. c., p 324

trabajo de los colonos fue la verdadera constancia de tener cultivado globo tan inmenso, como exigía la ley. Sin embargo, no estaba tranquilo, pues casi todos sus bienes estaban en jurisdicción de Arma, una ciudad antigua, aunque pequeña, muy retirada de Rionegro, donde él con la élite manejaba el poder. Lucharon denodadamente para que los títulos de ciudad y parroquia y hasta la antiquísima imagen de la Virgen se trasladaran a Rionegro. En 1781 lo autorizó Silvestre. Así pudo manejar a su antojo ese inmenso territorio. Don Felipe Villegas negoció algunas porciones de tierra en ventas que superaron los 8.000 pesos. Sus compradores fueron colonos que se establecieron entre las vertientes de El Buey y La Miel, quienes se pueden considerar los primeros colonos libres que salieron de los hacinados valles del Río Negro. Ventas similares harían más tarde él y sus hijos para la creación de La Unión, Sonsón y Abejorral. Tras las leyes de 1780, ofreció compensar a la Corona construyendo un camino de Rionegro a Mariquita, pasando por Sonsón, para agilizar el transporte al Magdalena y Bogotá, en sustitución del muy difícil de Nare, el cual sólo se concluyó mucho después de su muerte, en 1816, con el trabajo de los prisioneros de la reconquista española de Antioquia”.

“Los orígenes de la concesión Aranzazu no fueron más limpios. Don José María Aranzazu estaba

casado con una nieta de Don Felipe Villegas, pues era hija de Cosme Nicolás González y Bárbara Villegas Londoño, hija de aquel. Estaba radicado en Honda, tenía intereses comerciales en Cuba y Puerto Rico, exportaba quina, café y cacao a Cádiz, poseía una goleta y traficaba entre su ciudad y Rionegro. Hacia 1801 se ofreció a construir otro camino entre Honda y Rionegro, atravesando la cordillera y bajando a Supía, a cambio de una concesión de tierras al sur del Río Arma. El camino sería más largo que el de Villegas, por lo que lo cuestionaron los de Sonsón, que habían llegado mucho antes a Maitamac, camino hacia Supía. Los pobladores de Arma Viejo presentaron gran resistencia, pues les arrebataría parte de sus tierras, como antes lo habían hecho los fundadores de Aguadas y otros que merodeaban entre los Ríos Pozo y Pácora. En 1822 el gobernador de Antioquia quiso vender parte de esas tierras a los señores Uribe, Ospina y Cia., pero se opuso Don Elías González, tío del político Juan de Dios Aranzazu, hijo de Don José María, pidiendo que se diera tiempo al sobrino para probar la legitimidad de su herencia. El gobernador suspendió la venta y, en 1824, siendo Juan de Dios Aranzazu representante de Antioquia en el Congreso Nacional, logró que se le refrendara la supuesta concesión a su padre”,⁷⁹ entre otras razones, porque era amigo personal de Santander.

⁷⁹ Jaramillo, Roberto Luis, *O. c.*, p 187 y sig.

Tal decisión creó mayores problemas entre los colonizadores y los dueños. Los primeros venían fundando un número considerable de pueblos: Aguadas, Pácora, Salamina, Neira, Manizales, Villamaría. Elías González, que era un tipo pendenciero, quiso obstaculizar algunas, alegando que los terrenos eran propiedad de la Concesión. Pero en su lucha contra los colonos, murió trágicamente en Guacaica en 1851, como relata Jaramillo: “Poco después de la fundación de Manizales, fue asesinado por colonos y vecinos de Salamina que le pasaban la cuenta de los muchos y continuos atropellos que había ejecutado(...) les había destruido cultivos, incendiado cosechas y trojes y aun puesto fuego a los ranchos con sus habitantes adentro”.⁸⁰

Muchas de las colonizaciones que se emprendieron en las demás direcciones, implicarían iguales o peores enfrentamientos, si no en el momento de su realización, sí en el futuro. Tal el caso de la colonización, un poco más avanzado el siglo XIX, del suroeste. De Medellín, los colonos se dirigieron a Itagüí y Envigado desde donde avanzaron hacia Titiribí, luego a Fredonia, de donde se lanzarían a cruzar a la otra orilla del Cauca, llegando hasta Comiá donde fundaron a Concordia. Esa sería la puerta para la expansión a todo el suroeste.

La relata así el mismo Roberto Luis: “Una de las características de las élites antioqueñas había sido la de combinar actividades diversas y altamente lucrativas. Los señores Uribe Mondragón, Juan Santamaría y Gabriel Echeverri, pero particularmente este último, que era comerciante, contratista con el gobierno, prestamista, agricultor, ganadero y político, bien enterados del grave conflicto en que estaba envuelto su copartidario y amigo Aranzazu y del avance de los colonos del sur de Medellín, manifestaron al gobierno la intención de adquirir un globo de baldíos entre las tierras de los pobladores de Titiribí y la Concesión Aranzazu, utilizando los bonos de deuda pública adquiridos en sus almacenes. Con ellos remataron en 1835 un globo de 160.496 fanegadas pagando a un peso la fanegada. Echeverri inició un camino de Fredonia a Supía. Así conseguiría el oro de las minas de Marmato y se haría al comercio con El Cauca. Al dividirse la sociedad, los Santamaría se quedaron con las tierras de Jericó, Tarso y Pueblo Rico; los Uribe con las de Valparaíso; y los Echeverri con las demás”.⁸¹

Para cultivar dichas tierras invitaron colonos que luego ayudaron a organizar las poblaciones que hoy conforman el suroeste. Claro que muchos de esos colonos eran fami-

⁸⁰ *Ibidem*

⁸¹ *O. c.* p 201 y sig.

liares pobres de los terratenientes, a quienes trataban de ayudar al menos con un pequeño lote de terreno. La mayoría, sin embargo, eran familias de conversos que continuaban el impulso colonizador que se orientaba en todas direcciones, pero que ahora venían a valorizar con su trabajo unas tierras de ladera, mientras los latifundistas se reservaban las mejores vegas de los ríos, en especial el Cauca, para dedicarlas a la ganadería, y, mucho más, al “engorde de tierras”, el mayor interés de tales especuladores. Jorge Orlando Melo afirma: “el crecimiento demográfico(...) iba conformando una población pobre sin tierras o con lotes muy pequeños, la cual eventualmente podía obtener títulos en las tierras de los grandes propietarios cuando se ponían en venta, o vincularse a las actividades de estos como agregados o arrendatarios. En consecuencia, el propietario comenzaba a subordinar mano de obra que le permitía iniciar la explotación de sus propiedades. Así se formaron las grandes haciendas ganaderas en las vegas del Cauca”.⁸²

Si las principales rutas de colonización fueron hacia el norte, el sur y el suroeste, poco a poco se fueron abriendo en las demás direcciones. Una ruta diferente a la de los pobladores de Rionegro y Medellín, fue la de los de Marinilla, donde algunos vagos y pobres intentaron colonizar hacia el oriente de su ciu-

dad, pero fueron contenidos por los dueños de las concesiones Zuluaga Duque y Pineda García. Entonces giraron hacia El Santuario, El Carmen, y, principalmente, hacia San Vicente y otros sitios aledaños, hasta llegar a Santo Domingo.

Avanzado ya el siglo XIX y entrando el XX, proseguirían las colonizaciones del occidente, Urabá, el Bajo Cauca y algo del Magdalena Medio, hasta cubrir prácticamente la superficie del Departamento. Con todo, su impulso fue mucho más allá. Por el norte se penetró bastante hacia los valles del Sinú y San Jorge, donde se establecieron inmensas haciendas ganaderas, pero, a la vez, se fue buscando una comunicación por tierra hacia los grandes puertos del Caribe. De las iniciales fundaciones al sur de Antioquia por todo el espinazo de la Cordillera Central, se iría descendiendo, tanto hacia el Magdalena, como hacia el Cauca hasta abarcar la totalidad de los actuales departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío y buena parte de los del Tolima y Valle, si no mucho más allá.

4.5 Resultados de la colonización

Aunque según Jaramillo, ni en la colonización del sur, ni en ninguna otra “se logró una sociedad igualitaria”, como algunos insinuaban, la colonización sí produjo un cambio

⁸² Melo, Jorge Orlando, *Historia Económica de Colombia*, p 132

radical en toda Antioquia. Fue la oportunidad para que los conversos se convirtieran en “dueños legales de tierras”, así fuera comprándolas o disputándoselas a los latifundistas. Alcanzado esto, y con las riquezas acumuladas en el mazamorreo, la agricultura, la ganadería y el comercio, pasaron a ser casi el grupo dominante. Muchos cristianos viejos, al encontrarse en desventaja, se tuvieron que unir en matrimonio con los conversos para no perder sus fortunas o compartir las de ellos. La “pureza de sangre” y su religión católica no fueron obstáculo, sino, más bien, acicate para sus ambiciones. Hacia mediados del siglo XIX, ya todo el “pueblo paisa” formaba un grupo mestizo homogéneo, de espíritu y costumbres predominantemente conversas.

Pero la colonización no fue sólo la conformación de pequeños pueblos con autonomía y gobierno propio. Fue también el comienzo de una explotación muy activa y dinámica de nuevas tierras (ampliación de la frontera agraria) con una economía agrícola y pecuaria, adicional al barequeo del oro. Cada familia fundaba una pequeña “finca autosuficiente” en la que iniciaba cultivos de maíz y fríjol, cría de cerdos y gallinas, potrero para vacas de leche, bueyes, caballos, machos y mulas para viajar al pueblo. Sembraba hortalizas y otros cultivos caseros: papa, yuca, arracacha, pláta-

no y árboles frutales, en especial cítricos y, con esmero particular, flores. De cada finca salían domingo tras domingo hacia el pueblo recuas de mulas o bueyes con abundantes productos de la tierra para intercambiarlos por otros del país y aun del extranjero: vestuario, herramientas, implementos para la casa y el trabajo del campo, y hasta una modesta diversión (naipes, dados, alguna guitarra.) El paso, un siglo después, al cultivo del café en pequeñas parcelas, fue lo más natural.

Esas familias bien alimentadas empezaron a multiplicarse asombrosamente. Una población bastante reducida durante la mayor parte de la Colonia se multiplicó hasta formar pronto cuatro Departamentos bien poblados, fuera de los emigrantes hacia el resto del país y el extranjero. El crecimiento demográfico vertiginoso de 1777 a 1808, que veíamos antes⁸³, y, mucho más el que vendría después de la Independencia, hasta conformar hoy el pueblo paisa un 25% del total de la población del país, tiene aquí parte de su explicación. La colonización fue el instrumento con el que estos católicojudíos formaron lo más radical del pueblo paisa. De habitantes de los valles pasaron a ser “montañeros”, instalados en pueblos, en su mayoría “feos, fríos y faldudos”. Muy pronto se esparcirían por todo el país y participarían en el gobierno de la nueva república. Quizás el

⁸³ En *Historia de Antioquia*, p 69



que tres antioqueños: Zea, Montoya y Arrubla participaran en la consecución de empréstitos para el incipiente gobierno, bajo la égida del General Santander (de ancestro antioqueño y, al final, casado también con una antioqueña) y formarían luego un poderoso grupo económico, fue lo que hizo que se los empezara a tildar de judíos.

4.6 El adalid de la colonización, un clero judaizante

Pero, ¿quiénes dirigieron todo este maravilloso proceso? Hay un aspecto al que la mayoría de los historiadores no le da la trascendencia que merece para explicar la peculiaridad del pueblo antioqueño. Su clero que fue casi exclusivamente diocesano durante la Colonia y todo el primer siglo de independencia, y el cual debió ser el forjador de su catolicismo especial. Si, de pronto, en otras regiones del país había un número mayor de sacerdotes que en Antioquia, esos eran principalmente de comunidades religiosas, con sus grandes conventos e iglesias. En Antioquia no las hubo, pero sí abundancia de sacerdotes, más que diocesanos, diría yo, parroquiales, con un dominio total sobre sus pequeñas comunidades.

¿Cómo se formó dicho clero? Los conversos, una vez instalados con sus familias en Santa Fe, Medellín, Rionegro, Marinilla y, luego, en

multitud de parajes remotos, empezaron a enviar a sus hijos varones más prestantes a los seminarios jesuitas de Bogotá, Popayán y Quito para prepararlos al sacerdocio. Más tarde lograrían que los propios jesuitas fundaran un Colegio en Antioquia, que sólo funcionó 40 años, debido a su expulsión de todo el Imperio y la consiguiente supresión por el Papa en 1767. En él se formó buena parte del clero. Silvestre, cuyo gobierno fue posterior a la supresión, dice: “su doctrina y espíritu se mantiene en todos los clérigos, que en su mayor parte son sus discípulos”.⁸⁴ Es que, según se decía, los jesuitas se oponían a la Inquisición y recibían en sus seminarios a los conversos, contra las disposiciones sinodales.

Desde temprano, los futuros sacerdotes estudiaban en su tierra bajo la dirección de un tío, un hermano o un sacerdote de la familia. Consta de ordenaciones en territorio antioqueño durante las escasas visitas episcopales en los comienzos de la Colonia. Javier Piedrahíta habla de unas cuantas en 1676; de 7 en Antioquia y 9 en Medellín en 1700; de 11 en Antioquia, Sopetrán y Medellín en 1726 y de 17 en Antioquia y Medellín en 1743, además de las del Colegio Jesuita de Antioquia en 1736. Debió también haber bastantes en las ciudades a donde se desplazaban para su formación. Según Silvestre: “era como

⁸⁴ Silvestre O. c. p 245

razón de estado en las familias que hubiera un clérigo en cada una”⁸⁵ Cada familia, cada comunidad de conversos procuraba tener su sacerdote para impulsar la nueva religión católicojudía con la que al final dominarían a los cristianos viejos y al resto de la población. Claro que, con el sacerdote, procuraban tener también un abogado entre sus hijos, para defender los intereses de la familia.

Para la visita episcopal de 1736 se encuentra ya un clero numeroso. El gobernador Silvestre, 50 años más tarde, en un capítulo de su Relación, que merece profunda reflexión, vuelve una y otra vez sobre el tema del clero. Dice que en Medellín, hacia 1780, había cerca de 50 clérigos para menos de 20.000 habitantes, o sea uno por 500, (hoy en Colombia hay uno por más de 10.000.); que muchos tenían la capilla en su finca; que sometían la autoridad real a la eclesiástica amparados en su fuero especial; que sólo atendían intereses mundanos como minas y haciendas, abandonando los espirituales; y que buen número eran ricos, muy ricos.⁸⁶ Ann Twinam lo confirma con este dato: de los 12 mineros más ricos de Medellín a fines de la Colonia, cuatro eran sacerdotes.

Más aún, según el propio Silvestre, hasta contrabandistas y fraudu-

lentos eran algunos de ellos: “El oro que se lleva a la fundición, es muy inferior al extraído, gracias al contrabando disimulado con otros nombres, en lo cual los clérigos aventajan a los laicos, igual que en otros negocios fraudulentos(...) Los clérigos se hacen a minas y esclavos, compran tierras, fomentan haciendas de campo, de siembra y de ganado. Ninguno quiere ir a las parroquias más pobres(...) (Los lugares píos y las múltiples fiestas) son sacaliñas que se miran como espirituales y verdaderamente son vanas y profanas.” De hecho, entre los latifundios más extensos al final de la Colonia estaban el de las Carmelitas que aún no habían llegado, y el de los jesuitas que hacía tiempo habían sido expulsados.⁸⁷ (Subraya mía)

En el resto del Virreinato el clero invitaba a los religiosos para que fundaran sus conventos e iglesias, y los laicos aportaban la financiación. El clero de Antioquia más bien se opuso a su llegada y desestimuló su financiación, a excepción del Colegio de los jesuitas, en que fueron magnánimos. “Cuando la expulsión, dice Silvestre, ya valían los bienes, fábrica y alhajas (de los jesuitas) 80.000 pesos o más”. Es que a los demás religiosos los consideraban protectores de la religión oficial, fieles a la Corona y auxiliares de la Inquisición. Tampoco hubo

⁸⁵ O. c., p 240

⁸⁶ Cfr. Silvestre, Francisco, *Relación de la Provincia de Antioquia, C 10, Patronato y Ramo eclesiástico*, p 200 y sig.

⁸⁷ Cfr. Twinam, Ann, O. c., p 86

obispo en Antioquia en toda la Colonia, no por falta de dinero, sino porque el clero más bien lo rechazó, para que no pudiera ejercer su poder inquisitorial. Sólo en los albores de la Independencia se creó el primer obispado, que pronto se transformaría en nuevo instrumento de poder de ese mismo clero converso.

El clero fue el gran impulsor de la colonización. Escuchemos de nuevo a Silvestre: “Algunos erigen en sus casas de campo capillas de paja que hacen designar viceparroquias y que sólo sirven para decir misa ellos en beneficio de sus familias y de algún vecino en los días de fiesta(...) Bastaba que se ordenase cualquiera clérigo, para tratar luego de erigir una capilla en su casa de campo. De muchas se ha solicitado la aprobación después de edificadas. Su denegación fue otro motivo de sentimiento contra el gobernador.”⁸⁸ Muchas de esas capillas se convertían pronto en núcleos de futuros poblados. Este proceso ya había comenzado más de un siglo atrás. En 1662, según Víctor Álvarez: “en jurisdicción de Rionegro los sacerdotes prestaban sus servicios eclesiásticos en las capillas dispersas por Otolado, San Antonio, Llanogrande, Tablazo, La Ceja, Chachafruto, Guarzo, los Sardos y Vallejuelo (La Unión)”⁸⁹ parajes casi todos que se convertirían con

el tiempo en municipios. Y conste que Rionegro ni siquiera era parroquia en ese entonces.

Según Roberto Luis Jaramillo, al momento de erigir en villa a Medellín en 1675, además del párroco de Aná, se encontraron seis o más clérigos esparcidos por sitios o poblados que se habían formado alrededor de antiguas haciendas con capilla propia cada una: San Lorenzo (El Poblado), Itagüí, Guayabal, Culata de Iguaná (San Cristóbal), Hato Viejo (Bello), La Tasajera (Copacabana).⁹⁰ Y en las *Apuntaciones para la historia de Abejorral* el editor anota: “Entre 1781-1786 se construyó el primer poblado, el Real de Minas de Yeguas. No se sabe cuándo se levantó una capilla(...) pero ya en 1793 se habla de una viceparroquia dependiente de Arma”. Para 1811 ya había dos capillas y se pretendía fundar un templo. El Acta de fundación reza: “Deseando vivamente la reunión de los fieles para que en sociedad pudieran congregarse en este sitio y edificar un templo en que reunidos pudiesen tributar sus cultos al Dios Verdadero y a su Bendita Madre, he venido en ceder una parte de los vastos terrenos que Dios fue servido darme(...) para iglesia, plaza, sus dos capillas...”.

Es interesante ver cómo coinciden con lo anterior algunos relatos

⁸⁸ Silvestre, Francisco, O. c. p 389

⁸⁹ Víctor Álvarez, *La sociedad colonial, en Historia de Antioquia*, p 61

⁹⁰ Cfr. Jaramillo, Roberto Luis, *De pueblo de aburraes a Villa de Medellín, en Historia de Medellín I*, p 119

ficticios de nuestros dos grandes novelistas: Carrasquilla y Mejía Vallejo. El primero en *Entrañas de niño* y el segundo en *La casa de las dos palmas*. “Vivíamos, dice Carrasquilla, en El Silencio(...) una finca extensísima, con mucho monte en las cumbres, dehesas en las faldas, tierras de pan llevar en vegas y laderas, varias casas(...) De su centro se elevaba enantes, como tronco carcomido, una iglesia que ya no existe”.⁹¹ Por su parte, Mejía Vallejo muestra cómo el sacerdote Pedro José Herreros, de cura de la familia de los fundadores, pasa a serlo de Balandú “tal vez nunca sintió vocación religiosa y sólo llegó por elección ajena, para que su familia participara en el poderío de la iglesia” El sacerdote que lo sustituyó: “llegaría a párroco, y Balandú sería un pueblo a su manera”⁹² Es decir, cada cura mandaba a su manera y modelaba el pueblo a su amaño.

Vimos antes los intereses económicos y políticos de la élite en el traslado del título de ciudad de Arma a Rionegro. Roberto Luis Jaramillo dice que Mon y Velarde “atacó duramente al cura de Rionegro, José Joaquín González, por haber dado soborno al Cura de Arma para que abandonara a sus feligreses” y trató sin fruto de restituir la imagen de la Virgen a su lugar de origen. El mismo autor afirma que en la colonización del sur se originó una cadena de rivalidades que aún

subsisten: los de Sonsón se opusieron a la colonia de Sabanalarga, los de Arma a las de Pácora y Salamina; los de Salamina a la de Neira; los de Neira y Salamina a la de Manizales, etc. “En este juego no estaban del todo libres los Curas de las colonias más viejas, pues eran “prisioneros” de los emolumentos y derechos parroquiales: cada nueva colonia, con categoría política y expresión urbana, se conformaba con un nuevo Cura Párroco”.

Según el P. Javier Piedrahíta: “existe en el archivo arquidiocesano de Medellín un juicio contra el P. José Martín de la Cuesta, cura interino de Arma Viejo, por mezclarse en la erección de Salamina. Se habla del decreto que creó la parroquia, dado por el gobierno civil, amparado en el derecho de patronato, del 10 de junio de 1825. Existe también una acusación contra el mismo del Dr. Juan de Dios Aranzazu”. Sucedió que los terrenos en que se iba a erigir la nueva parroquia pertenecían a la de Arma Viejo, cuyo Cura iba a perder buena parte de sus ingresos. Pero, para su mal, el contendor era poderoso, Juan de Dios Aranzazu, nada menos que Congresista y amigo personal del Vicepresidente Santander. Más tarde, cuando Elías González, tío de aquel, pretendía la fundación de Neira, el que se opuso fue el Cura de Salamina (el mulato Ramón Marín) alegando que la nue-

⁹¹ Carrasquilla, Tomás, *Entrañas de niño*, p 13

⁹² Mejía Vallejo, Manuel, *La casa de las dos palmas*.

va colonia lo perjudicaba; pero Don Elías, como el sobrino, salió ganando, ya que el obispo Gómez Plata, santanderista y amigo de Aranzazu, autorizó la erección.

Esta fue la pauta para la formación de muchos, si no de la mayoría, de los pueblos antioqueños. Varias familias de conversos, unas más pudientes que otras, se internaban en la selva, hacían roza, sembraban maíz y frisoles, cultivaban gallinas y cerdos, buscaban oro en el río o en las vetas. Pronto conformaban un poblado y, de las familias principales, seleccionaban uno o más jóvenes promisorios que viajaran a estudiar teología y se ordenaran sacerdotes. Al regresar construían una pequeña capilla o iglesia que se transformaba en viceparroquia, luego en parroquia y, finalmente, en municipio. Claro que no dejaban de enviar a otros hijos a estudiar leyes y más tarde medicina, al igual que una o más hijas a los conventos de monjas por todo el país.

Con todo, a veces el clero era el que se oponía a ciertas fundaciones. Fue el caso de la que intentó en el Bajo Cauca el ingeniero inglés T. J. Moore, quien había sentado las bases para una nueva tecnología minera en Antioquia y, en reconocimiento, había obtenido un privilegio de 100.000 fanegadas de baldíos en Valdivia para fundar una colonia de agricultores, artesanos y

mineros ingleses. Los vecinos de Yarumal, con el Cura a la cabeza, lo impidieron. Le escribieron a la Cámara Provincial de Antioquia esgrimiendo razones dogmáticas, morales, culturales, económicas y de seguridad “¿Quién puede asegurar la paz futura entre unos colonos protestantes y una población católica, apostólica y romana?(...) **¿Cuántas disputas no se proporcionarán entonces a nuestros paisanos con aquellos hombres que, por lo regular, son muy dedicados al uso de los licores fermentados?**”⁹³ En realidad, lo que había en el fondo era cierta envidia, pues les parecía injusto que las mejores tierras y minas fueran para extranjeros, máxime en un lugar privilegiado para el tráfico hacia la Costa Atlántica. (Subraya mía)

El clero fue en muchas ocasiones el abanderado de colonos pobres, pero en otras, al contrario, apoyo decidido de las élites. Según Roberto Luis Jaramillo: “Los empresarios colonizadores sostenían económicamente a los Curas que los ayudaban en sus propósitos, pasando de montaña en montaña, de colonia en colonia, para asistir religiosamente a sus feligreses campesinos, promoviendo la edificación de capillas que, elevadas a viceparroquias, luego serían parroquias independientes”. La colonización de Urabá, en la segunda mitad del siglo XX, se logró al romper la barrera

⁹³ Jaramillo, O. c. p 206

casi infranqueable del resguardo indígena de Cañasgordas, gracias a la actividad de los Religiosos Eudistas desde su avanzada de Frontino, pero, quizás más, debido a la obra misionera de la Hermana Laura Montoya (hoy beatificada) y sus monjitas, que le abrieron el camino a los colonos y permitieron la apertura de la carretera al mar.

Es impresionante el número de parroquias que conformaron la primera diócesis de Antioquia en 1827, cuando todavía la población debía ser muy reducida: 57 en total, gran parte de ellas fruto de la colonización de los conversos: Medellín, Belén, Hatoviejo, Copacabana, San Cristóbal, La Estrella, Envigado, Amagá, Barbosa y Titiribí. Antioquia, Buriticá, San Jerónimo, Sacaoljal, Cañasgordas, Sopetrán, Sabanalarga, Anzá y Urao. Santa Rosa, Don Matías, Anorí, Carolina, Angostura, Yarumal, San Pedro, San Andrés y Belmira. Rionegro, La Ceja, San Vicente, Guarne, El Retiro, Santo Domingo, Santa Bárbara, Concepción, Marinilla, El Carmen, El Peñol, Guatapé, San Carlos, Baos (Granada), Cocorná y Canoas (El Jordán.) Sonsón, Abejorral, Aguadas, Arma y Salamina, todas ellas pertenecientes antes a las diócesis de Popayán. Además, Cáceres, Remedios, Yolombó, Cancán, San Bartolomé, San José de la Paz, Zaragoza y Nechí pertenecientes a las diócesis de Cartagena o Bogotá.

El Cura era la personalidad más destacada en cada pueblo y mandaba más que el Alcalde. Más tarde, el obispo se convertiría casi en gobernador. Obispos y curas imponían la moral y la política. Al salir a otras regiones de Colombia, ya entrado el siglo XIX, esparcirían su catolicismo judaizante, moralizante, defensor acérrimo del “no fornicar” y, mucho más, del “no hurtar”. Es que el clero tenía en esto último gran interés personal, ya que, “entre los eclesiásticos es raro el que no sea acomodado y rico”, según afirmaba Silvestre al final de la Colonia, y lo seguirían siendo por bastante tiempo, sobre todo en las parroquias más importantes.

El Gobernador Silvestre describe así, en su *Relación*, al clero de Antioquia: “El clero de esta Provincia por lo general es de un exterior compuesto y arreglado, aunque con cierta despótica superioridad eclesiástica. Se nota una gran diferencia entre el clero de la ciudad de Santa Fe de Antioquia y el de Medellín. En la primera, regida por la autoridad española: gobernador y cabildo, a excepción del cura y otros cinco, los demás suelen ser poco moderados. En Medellín, son modestos, arreglados y dedicados con extremo a los servicios devotos en que proceden con mucho fanatismo jesuítico. Son muy dedicados al culto, pero muy fanáticos”.⁹⁴ Quizás los de Antioquia se creían

⁹⁴ Cfr. Mesa Carlos E. *Trayectoria histórica de la Iglesia, en Historia de Antioquia*, p. 386

cristianos viejos y podían proceder con más libertad, mientras que los de Medellín, en su mayoría conversos, tenían que guardar las apariencias externas para no ser perseguidos. (Recordemos que Campo y Rivas afirmaba que a Medellín llegaron judíos y a Antioquia cristianos viejos.)

Una diferencia similar debió existir entre los sacerdotes de Rionegro y Marinilla. En Rionegro, donde se impuso una pequeña élite de “cristianos viejos”, el clero era similar al de Santa Fe de Antioquia. Como vimos, fueron las intrigas de los rionegreros, apoyados por su clero, las que lograron arrebatarle el nombre y la calidad de ciudad a Arma. En cambio en Marinilla, poblada en parte por conversos sin otra autoridad civil ni eclesiástica, hasta casi el final de la Colonia, que las distantes de Mariquita y Bogotá, hubo un clero mucho más fanático. Desde antiguo, Marinilla ha sido cuna de abundantísimo clero, de innumerables religiosos y religiosas, y de una población ultraconservadora. Silvestre decía que Marinilla “es la población más quieta y más unida de la Provincia, y en quienes he encontrado mayor amor al público” y contraponen, de esta forma, la población de las cuatro ciudades o villas: “Los de esta capital (Antioquia) son más ingeniosos y sutiles. Los de Medellín están llenos de sí mismos por el concepto de su nobleza(...)

Los de Rionegro tienen menos vanidad. Los de Marinilla son más naturales. Pero todos, económicos hasta la cicatería, sobrios hasta la miseria, y la mayor parte inclinados a pleitos”.

Según el P. Mesa, en toda Antioquia “La vida giraba en torno de la Iglesia que marcaba con sus ceremonias los momentos sobresalientes en la existencia de cada individuo”.⁹⁵ Así acontecía en el Balandú de la novela, pero más en los pueblos de carne y hueso. A reforzar esta actuación del clero ayudarían sobremanera, ya entrado el período republicano, las decisiones anticlericales del gobierno central a mediados del siglo XIX. Aunque el decreto de Desamortización de bienes de manos muertas, dictado por Mosquera en 1861, se sintió poco en Antioquia, los de tuición de cultos y juramento a la Constitución de Rionegro, sí causaron mucho desasosiego. Unos cuantos sacerdotes se sometieron, pero otros cerraron las iglesias, rehusaron administrar los sacramentos y celebrar en público. El Obispo Riaño fue desterrado.

Con todo, la mayor lucha fue por la educación de la juventud, que el clero antioqueño quería dominar, supuestamente, para preservar e impulsar la religión católica. Como resultado de las luchas políticas, en las que el clero estuvo muy activo, se llegó al gobierno de Pedro Justo

⁹⁵ *Ibidem*

Berrió, con el cual empezó un dominio casi total del clero, hasta constituir la llamada “República de Curas”. El partido conservador fue su aliado incondicional o, quizás más bien, a la inversa. Tal binomio dominaría todo el país en pocos años. Con Núñez y la Constitución de 1886 se inició la hegemonía conservadora, en la cual detentarían la presidencia de la República tres conservadores antioqueños: Carlos E. Restrepo, Marco Fidel Suárez y Pedro Nel Ospina.

El siglo XIX fue de intensa actividad y desarrollo del clero. Es impresionante el número de ordenaciones sacerdotales de los diferentes obispos que gobernaron la Diócesis, primero, y más adelante, Arquidiócesis de Medellín hasta fines de ese siglo, según datos de Monseñor Javier Piedrahíta. El Obispo Fray Mariano Garnica ordenó 26, Juan de la Cruz Gómez Plata 50, Domingo Antonio Riaño 39, Valerio Antonio Jiménez 60, José Joaquín Isaza 39, Bernardo Herrera Restrepo 12, y Joaquín Pardo Vergara, que gobernó hasta 1904, 61. A estos habría que añadir los de la nueva Diócesis de Antioquia desde 1873, y un buen número de sacerdotes de las Comunidades Religiosas que llegaron a finales de siglo. Hacia 1885 comenzaron a llegar, como nunca lo habían podido hacer antes, multitud de órdenes y comunidades religiosas masculinas y

femeninas que encontraron en esta tierra la cantera más fecunda de vocaciones, como lo había profetizado Silvestre para los jesuitas: “Si conviniese a la Iglesia y al Estado restablecer en algún tiempo su cuerpo extinguido, en la Provincia de Antioquia se hallaría un almáctigo con que en muy corto podría extenderse y fecundarse”,⁹⁶ como de hecho se dio.

Cada una de las órdenes y comunidades que fueron llegando infiltró algo del catolicismo especial de su país de origen (Francia, Italia, España, otros), pero fue mucho más el influjo que recibieron del catolicismo judaizante que prevalecía en el medio. De Antioquia empezaron a salir un sinnúmero de vocaciones para dichas comunidades, no menos que un buen número de Obispos y Sacerdotes, con lo que el influjo del clero antioqueño se esparció por todos los rincones de Colombia. Aquí se fundaron varias diócesis más, lo mismo que en el Departamento de Caldas, creado a principios del siglo XX, que luego se dividiría en tres departamentos y muchas más diócesis. Cada diócesis tenía su seminario, que, a la vez, era el centro de educación superior para buena parte de la población, con lo que el influjo clerical se consolidó en todas las instituciones.

Después de los tres primeros obispos que vinieron de fuera, fueron

⁹⁶ *Silvestre, Relación, p 250*

antioqueños los que empezaron a gobernar a Medellín, Antioquia y la otra serie de Diócesis que se fueron creando en el Departamento y el vecino Caldas. El P. Mesa da este dato, realmente impresionante. Desde 1868, en que fue consagrado obispo de Medellín un primer antioqueño, hasta 1986, fecha de publicación de su obra, se cuentan en total 72 obispos nacidos en el Departamento, a los cuales habría que agregar un buen número de obispos de todo el Eje Cafetero y muchos nacidos en otros lugares de Colombia, pero de familias antioqueñas. Los sacerdotes, religiosos y, sobre todo, religiosas paisas por todo el país son una galería abrumadora.

Para corroborar mi aserto de que el clero antioqueño es en su mayoría converso, transcribo unas palabras del P. Javier Piedrahíta, quizás el mayor investigador de la historia religiosa de Antioquia, aunque, más que de la iglesia o de la religión del pueblo antioqueño, de la de su clero, a lo cual ha dedicado toda una vida. En una síntesis de la misma en julio 30 de 2002, titulada *Arquidiócesis de Medellín... La Religión Católica en Antioquia desde el descubrimiento de América hasta nuestros días* concluye con la siguiente cita, al parecer intempestiva:

“José María Vergara y Vergara en su Historia de la Literatura nos dice que Antioquia fue poblada por una

colonia de judíos que trajo Robledo y que esta tradición está confirmada por los muchos apellidos que se encuentran también en España de judíos o de moriscos españolizados. Se refiere a la belleza de sus mujeres, ligeramente morenas y de ojos negros, a su innato carácter comercial, a la organización patriarcal de la familia. Anota que el antioqueño del bajo pueblo, es el más bello tipo del estado y de toda la República, es inteligente, gran trabajador y muy honrado. Tiene aptitud, aunque no vocación para la guerra, mucho amor a la familia, es esencialmente agricultor, comerciante o minero, pero más agricultor que otra cosa. Hay pocas medianías en el pueblo antioqueño. La población de todo el estado es homogénea y su acento marcado con inflexiones que lo hacen muy distinto a otros acentos’. Y este pueblo, así descrito por Vergara y Vergara, es el que ha sido evangelizado por la Iglesia católica, apostólica y romana”.⁹⁷ Es como si dijera que nuestra religión y nuestro pueblo tuvieran su explicación definitiva en un clero converso.

4.7 La colonización antioqueña, una especie de éxodo hacia la tierra prometida

La colonización antioqueña fue como una fuerza centrífuga que de cuatro centros principales, aunque íntimamente relacionados, que con-

⁹⁷ Piedrahíta, Javier, *Los obispos... La Religión Católica en Antioquia*, p 104

formaban lo más auténtico del pueblo paísa, se fue esparciendo en todas direcciones durante un período que va de principios del siglo XIX hasta más o menos los años 70 del siglo XX. Algunos consideran este proceso como una ampliación de la frontera, con la conquista de territorios prácticamente inexplotados. Creo que se trata de algo más profundo; una especie de éxodo judío, en conquista de una nueva “tierra prometida” para asentarse definitivamente en ella.

Para el pueblo judío, uno de los recuerdos imborrables de su historia es el momento trascendental de su huída de Egipto para ir a conquistar la tierra de Israel. La liberación de la esclavitud era importante, pero, mucho más, poderse asentar en una tierra de la que serían dueños a perpetuidad. Lo recuerdan cada año en la Fiesta solemne de la Pascua. (Hoy, gran parte de su lucha contra los palestinos se basa en este postulado, el principio sionista de “Eretz Israel”) Tras la destrucción de Jerusalén por Tito, en todos los países por donde pasaban seguían suspirando por la oportunidad de un nuevo Éxodo, de recuperar “su tierra”, la tierra de Israel, o al menos, de poder ser propietarios de tierras en los países que habitaban, lo que siempre les estaba vedado.

Vimos antes cómo en la época de las grandes revoluciones burgue-

sas se dio en Europa un movimiento que impulsó a multitud de judíos a convertirse al cristianismo. Paul Johnson lo llama *La época de la Emancipación*. Eric J. Hobsbawm, hablando de ella, dice: “La doble revolución proporcionó a los judíos lo más parecido a la igualdad que nunca habían gozado bajo el cristianismo. Su situación los hacía excepcionalmente aptos para ser asimilados por la sociedad burguesa(...) Una gran proporción de ellos se dedicaba al comercio o a las profesiones libres”.⁹⁸ De hecho, su principal desempeño estuvo en la banca y el periodismo. Con la primera se enriquecieron y con la segunda pudieron impulsar sus proyectos económicos y políticos. Aunque la mayoría eran ciudadanos y muy pocos agricultores, con todo, donde pudieron, como en Inglaterra, lograron la abolición de las leyes que les impedían ser propietarios de tierras.

Es más; muy pronto, con el influjo político de hombres como Disraeli que llegó a ser Primer Ministro, orientaron su política a la recuperación de Jerusalén y toda la tierra de Israel. Para ello iniciaron lo que podría llamarse, un nuevo éxodo, una conquista de la Tierra Prometida. Poco a poco fueron llegando judíos de multitud de países a asentarse en medio de los palestinos, comprándoles o arrebatándoles las tierras, para ser sus nuevos propietarios. La idea sionista empe-

⁹⁸ Hobsbawm, Eric, *Las revoluciones burguesas*, p. 349 y sig.



zó a tomar fuerza, hasta desembarcar en la formación del Estado de Israel por las Naciones Unidas en 1948, bajo la protección incondicional de Inglaterra y EE. UU, donde se habían formado inmensas colonias judías de gran poder económico y político.

La técnica que utilizaron para crear el Estado de Israel, la narra León Uris en una apasionante novela intitulada, precisamente, *Éxodo*. Inicialmente compraban a los palestinos pequeñas parcelas o se apoderaban de ellas por la fuerza. Construían uno, dos, tres asentamientos e instalaban igual número de “kibutz” y los iban uniendo hasta conformar un “territorio judío”, enclavado dentro del palestino. Hoy mismo, para apoderarse de nuevas tierras en Jerusalén oriental, Gaza y Cisjordania, siguen construyendo asentamientos en terrenos comprados o, más comúnmente, arrebatados por la fuerza a los palestinos, los cuales van ampliando hasta desplazarlos. Son los focos de mayor roce entre los dos pueblos.⁹⁹

Esta fue, precisamente, la metodología que utilizaron los conversos en Antioquia desde mediados del siglo XVIII para irse adueñando de más y más tierras, con la ventaja de haber tenido inicialmente poca resistencia de los dueños, los cristianos viejos. Para poseer tierra propia, su gran ambición, les bastó

adentrarse por montes y cañadas, y establecerse allí, no importa que la tierra estuviera escriturada. De todos modos, a los dueños les quedaba difícil repelerlos, aunque con el correr del tiempo sí tratarían de hacerlo y con violencia, como vimos. Los conversos se adentraban por la periferia de ciudades y villas e instalaban pequeños poblados. Aunque empezaban buscando oro en los ríos y quebradas, su verdadera meta era conquistar tierras propias, para que la prohibición milenaria desde el Imperio Romano no pesara más sobre ellos.

Cada familia fundaba una pequeña “finca”, en la que iniciaba cultivos de maíz y fríjol y cría de cerdos y gallinas y, más tarde, un potrero para el ganado vacuno y caballo. Luego se les juntaban otras familias y creaban más y más fincas alrededor, hasta conformar un poblado, con cura propio, por supuesto. Esas familias, bien alimentadas, y con gran sensación de libertad, empezaron a multiplicarse. La población se esparció por un inmenso territorio, y prontamente se multiplicó de manera increíble, con la nueva prosperidad, al abrirse una era de mayor libertad con la independencia de Antioquia y de Colombia.

Esta nos los cogió por sorpresa. La habían presentado desde mucho antes, gracias a su contacto comercial frecuente con las islas inglesas, francesas y holandesas del Caribe,

⁹⁹ Cfr. Eliécer Celnik, *Israel Tragedia y Gloria de un Pueblo*

no menos que con los propios Estados Unidos e Inglaterra. Unos pocos valientes se alistaron en las filas patriotas, entre los que sobresalieron Atanasio Girardot y José María Córdoba. Con un buen número de esclavos negros conformaron ejércitos, ofreciéndoles la libertad si sobrevivían. Pero fueron más los que aportaron grandes sumas en empréstitos, con altos intereses, por supuesto, para la obra libertadora y la consolidación de la República, o sirvieron de intermediarios para conseguir onerosos y hasta fallidos empréstitos en Inglaterra (Francisco Antonio Zea, Francisco Montoya y Juan Manuel Arrubla), no sin cobrar una comisión exagerada, como buenos herederos del espíritu judío.

Los primeros enclaves fueron, al igual que en el antiguo y, no sé si también, en el nuevo Israel, relativamente democráticos. Toda la población poseía, al menos, una parcela propia en qué trabajar. Con el tiempo, unos cuantos más ambiciosos se han ido apoderando de más y más tierras, a veces con los medios más tortuosos y violentos. Hoy Antioquia soporta un latifundio quizás peor que el que se registraba al final de la Colonia, aunque ahora los propietarios son los que antes no podían siquiera ser dueños de un terrón en que vivir. Si Antioquia es el Departamento de mayor violencia en toda Colombia en este amanecer del tercer milenio, es, precisamente, debido a la lucha por la propiedad de la tierra. Frente al ataque al latifundio lanzado por los

grupos guerrilleros a todo lo largo y ancho del país, es en Antioquia donde se fundan las Autodefensas para defenderlo, si no acrecentarlo. Adicionalmente, los narcotraficantes antioqueños invirtieron gran parte de sus inmensos capitales en compra de tierras y toda clase de propiedad raíz, algo profundamente coherente con el espíritu converso.

4.8 El pueblo antioqueño es de cultura predominantemente conversa

La conformación de un solo pueblo, el paisa, que se había venido gestando durante tres siglos, partiendo de los dos grupos de blancos venidos de Europa, los cristianos viejos y los conversos, mezclados con los indígenas y los negros africanos, dio un salto definitivo con la Independencia. Ésta tuvo para Antioquia un sentido más profundo que el solo movimiento libertario de las restantes colonias españolas a principios del siglo XIX.

Aunque los indígenas habían sido casi eliminados durante la Colonia, todavía tenían asignados algunos resguardos, a veces bastante amplios, como el de Cañasgordas. Hermes Tovar Pinzón, en un capítulo de la *Historia Económica de Colombia* dice que, aunque en un principio el nuevo gobierno republicano trató de proteger a los indígenas, poco a poco la ley “determinó que las tierras de resguardo se repartieran en pleno dominio y propie-



dad privada a los indígenas” lo que al final se concretaría en la extinción de los resguardos, de los que se aprovecharían los colonos y, quizás más, los latifundistas, que fue en definitiva lo que sucedió en Antioquia.

En cuanto a los negros, gran parte de los esclavos conformó el pequeño contingente con que Antioquia participó en la epopeya libertadora, lo que hizo que su número se redujera notablemente. Es más, en Antioquia fue, quizás, donde se inició más temprano, aun antes de la independencia, una notable manumisión. Y fueron los próceres de la Independencia, primero en el acta de Libertad, y luego de manera especial en el Congreso de Cúcuta, los que más se interesaron por la abolición de la esclavitud, que sólo se daría, al menos legalmente, en 1851. Si culturalmente han seguido siendo discriminados, al menos gozan de una libertad política que les ha permitido mezclarse con el resto de la población, dándole cada vez más al conjunto un aspecto menos blanco, tendiendo a canela. Ellos, mucho más que los indígenas, han permeado con su cultura la vida y costumbres del Departamento.

Para el grupo de conversos, la Independencia representó la liberación del régimen colonial y de la Inquisición, es decir, de todas las restricciones que ambas potencias, el Clero y la Corona española, les habían impuesto siempre. Pero más que eso, propició la integración con

los cristianos viejos de quienes forzosamente habían estado separados durante la Colonia, conformando ahora un grupo homogéneo de características particulares, “el pueblo paisa”, distinto a los demás de Colombia y el continente.

La fusión de los cristianos viejos, dueños tradicionales de la tierra, y de los conversos, ahora más ricos que los primeros, gracias a su trabajo, su oro y a las tierras de que se iban apropiando, llegó por la necesidad de los primeros de no empobrecerse y quedar desplazados. Es el caso de la familia de Felipe Villegas y Córdoba, poderoso cristiano viejo llegado de España hacia 1740, Maese de Campo y Alcalde de Rionegro, padre de numerosos hijos, y quien había conformado el enorme globo de tierras que vimos, “la Concesión Villegas”. Pues bien, para no perder ni el poder ni las tierras, los hijos, hijas, nietos y nietas se unieron, como consta en las *Genealogías de Antioquia y Caldas*, con las familias conversas de los González, Restrepo, Bernal, Jiménez, Arbeláez, Hoyos, Santana, Vallejo, Rojas, Botero, Uribe, Henao, Jaramillo, Álvarez, Mejía, Arango, Santamaría y otras, ahora ricas, tras la colonización de Sonsón, Abejorral, Aguadas, Salamina, Pácora, Manizales y todo el viejo Caldas.

En poco tiempo, los dos grupos antes contrapunteados se integraron de manera tan profunda que hoy es prácticamente imposible encontrar

ninguna familia paisa donde no estén imbricados los apellidos de cristianos viejos con los de los nuevos. Se puede afirmar que los de estos últimos prevalecen de tal manera, que el pueblo antioqueño, aunque genéticamente mestizo, es hoy un solo núcleo de judíos conversos, con un catolicismo a su manera.¹⁰⁰ De ahí sus costumbres y toda su cultura, tan diferentes al resto de colombianos. Es que, tras la integración, empezaron a predominar las costumbres y actitudes individuales y familiares de los conversos. Como caso especial, después de la Independencia, hombres y mujeres empezaron a llamarse más libremente con nombres propios del antiguo Israel. Es más; montes y valles, pueblos y veredas, fincas y casas, y multitud de instituciones comenzaron también a llevar nombres de profunda significación para el pueblo judío: Alejandría, Armenia, Belén, Betania, Betulia, Damasco, Líbano, Jericó, Jordán, Mesopotamia, Palestina, Salamina, Samaria, Tabor, Tarso y muchísimos más.

Se implantó una alimentación austera pero nutritiva, centrada en productos fáciles de obtener en la huerta casera, pero propios, inicialmente, de los conversos que fueron llegando: frijoles, maíz (arepa y mazamorra), carne de cerdo y, más parcamente, gallinas y huevos. Gregorio Gutiérrez González excl-

ma en su égloga: “¡Salve segunda trinidad bendita, Salve frísoles, mazamorra, arepa!” Prevalecen, también, los ritos judíos de higiene: lavatorio de manos antes de comer, baño ritual del matrimonio y baño de inmersión, para el que había una pequeña alberca al aire libre en el interior de cada casa. (Se encuentran aún muchas en los Barrios Prado y Poblado de Medellín) Cambio ritual de sábanas los fines de semana, ritos mortuorios, maquillaje y muchos más. La virginidad, la abundante natalidad, la endogamia, la concertación del matrimonio, la hospitalidad, al igual que un español supremamente castizo, pero lleno de arcaísmos, muy similar al ladino de los judíos.

A muchos de fuera les impresiona escuchar la multitud de nombres judíos de hombre y mujer, algo que sólo esporádicamente se encuentra en otras regiones. De hombres: Abel, Adán, Andrés, Benjamín, Bartolomé, Daniel, David, Efraín, Eliseo, Esteban, Ezequiel, Felipe, Gabriel, Israel, José, Jeremías, Joaquín, Jairo, Josué, Jesús, Manuel, Miguel, Mateo, Neftalí, Rubén, Rafael, Samuel, Simón, Santiago, Tomás, Tobías. Y de mujeres: Eva, María, Ana, Josefa, Isabel, Juana, Rebeca, Ester, Sara, Jesusa, Ruth, Betsabé, Betulia, Belén, Débora, Noemí, Olga, Séfora, Atalia, Mara, Myriam, Marta, Magdalena, Isabela, Gabriela, Rafaela,

¹⁰⁰ Nota. Raúl Aguilar en su obra recentísima *Nombres y Apellidos, muestra cómo en el Directorio de Medellín de 2002, 10 apellidos: Gómez, Restrepo, Ramírez, García, Zapata, Montoya, Giraldo, López, Álvarez y González, casi todos preferencialmente de conversos, ocupan 217 páginas, el 16% del total.*



Manuela, Joaquina, Matea, Salomé y un sin fin de nombres compuestos o de advocaciones de María.

Los apellidos conversos son los más frecuentes y dominan la economía, la política y la religión en Antioquia y el Eje Cafetero: Acevedo, Acosta, Aguilar, Álvarez, Ángel, Arias, Ávila, Báez, Barrios, Bernal, Bravo, Builes, Cabrera, Carvajal, Casas, Castro, Córdoba, Correa, Cortés, Dávila, De la Calle, De la Torre, Del Valle, Díaz, Díez, Escobar, Espinosa, Fajardo, Fernández, Ferrer, Flórez, Franco, García, Gómez, González, Gutiérrez, Henríquez, Hernández, Herrera, Hurtado, Jiménez, López, Luna, Machado, Maldonado, Márquez, Martínez, Medina, Mejía, Mesa, Molina, Montoya, Moreno, Muñoz, Navarro, Núñez, Ortega, Ortiz, Ospina, Osorio, Pardo, Parra, Paz, Peña, Pereira, Pérez, Prieto, Ramírez, Ramos, Restrepo, Rico, Ribas, Ríos, Robledo, Rodas, Rodríguez, Rojas, Ruiz, Salazar, Sánchez, Santa Clara, Santacruz, Santamaría, Sierra, Silva, Sosa, Soto, Torres, Valencia, Vargas, Vás-

quez, Vega, Vieira, Zapata, otros más.¹⁰¹

Algunos personajes estelares de la historia de Antioquia llevan apellidos conversos: Jorge Robledo y Gaspar Rodas. Francisco Antonio Zea, José María Córdoba, José Félix de Restrepo, Juan del Corral, Liborio y Epifanio Mejía, Juan de Dios Aranzazu González, Gregorio Gutiérrez González, Pascual Bravo, Pedro Justo Berrío, Rafael Uribe Uribe, Pedro Nel y Mariano Ospina, Carlos E. Restrepo, Alejandro López, Marco Fidel Suárez, Esteban Jaramillo Gutiérrez, Gonzalo Mejía, José María Bernal, Belisario Betancur y Alvaro Uribe Vélez. En lo eclesiástico, el arzobispo Juan Manuel González Arbeláez, los obispos Miguel Ángel Builes y Alfonso Uribe Jaramillo y la Beata Madre Laura Montoya. Los prelados que han llegado a las más altas dignidades descienden de conversos: el Cardenal Aníbal Muñoz Duque, arzobispo primado de Bogotá, y el Cardenal Darío Castrillón, prefecto de la Congregación del clero en el Vaticano.

¹⁰¹ Cfr. Mesa Bernal, Daniel, *De los judíos en la historia de Colombia*, p. 281 y sig.